tronos, y buscando siempre amoroso el beso de tu madre y la luz de sus consejos, como lo hacían los hijos de los antiguos Patriarcas, como lo hicieron con Blanca de Castilla y Berenguela San Luis y San Fernando!

¡Y Tú, Dios mío, Eterno Soberano de los Reyes y de los siglos! Dignate escuchar hoy nuestros suspiros y nuestros votos, á fin de que este pueblo católico, bajo la égida de un reinado que una la fe y la gloria de dos ilustres dinastías representadas en nuestro tierno monarca, recobre aquella grandeza que le permitió plantar el estandarte de la Cruz en tantos Continentes. Y si hoy, Señor, el Rey Alfonso XII, cuya muerte y cuya memoria nos han congregado en este lugar santo, esperase todavía su purificación perfecta en los senos misteriosos de la Iglesia paciente, que las lágrimas de nuestros ojos, las oraciones de los Ministros de tu Altar, y, sobre todo, los infinitos méritos del Incruento Sacrificio, muevan tu Amor y tu Misericordia para abrir á su alma las mansiones de la Jerusalem celestial. Así sea.

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE EN LAS HONRAS

DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Y DEMAS INGENIOS ESPAÑOLES

FUÉ PRONUNCIADA

EL 23 DE ABRIL DE 1891

EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID,

POR ENCARGO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Cor sapientis erudiet os ejus, et labiis ejus addet gratiam.

El corazón del sabio enseñará á su boca, y añadirá gracia á sus labios.

(Prov., XVI, 23.)

EXCMO. É ILMO. SEÑOR: [1]

SEÑORES ACADÉMICOS:

Es necesario venir aquí inspirados de pensamientos divinos, para no quedar desvanecidos por las seductoras grandezas de la gloria humana. La ciencia, con sus múltiples y luminosos destellos; la literatura y la poesía, con todos sus arrebatadores encantos; el lenguaje, considerado, no ya en su más alto concepto, es decir, como dón y como revelación del Altísimo, sinó en su mera significación ideológica; vosotros, gigantes del saber y de la palabra; yo, pequeño ciertamente, pero exaltado por vuestra benevolencia para ocupar hoy esta Cátedra augusta, todo parece incitar

(1) El Rvdo. Obispo de Madrid, Doctor D. Ciriaco Sancha y Hervás.

á la imaginación para que se emancipe del entendimiento, ó al entendimiento para prescindir un tanto del corazón y del espíritu. Pero ¡ah! vosotros no pertenecéis, por dicha, al número de aquellos sabios que ni creen ni anhelan otra inmortalidad que las apoteósis del tiempo presente, cuando sus contemporáneos queman delante de ellos el incienso de la adulación ó la lisonja; sinó que habéis firmado, por el contrario, en lo íntimo de la conciencia la alianza del corazón con los labios y con la fantasía, para no adorar vanos ídolos, para no ensalzar otras bellezas que las bellezas de la verdad y el bien, suspirando de continuo por contemplar su esencia en más venturosa patria. Yo, maestro, por la misión y el deber, de la doctrina católica, pero antes que maestro, Sacerdote y apóstol, yo he debido dejar á la entrada del santuario todas las debilidades y todas las miserias para revestirme y fortalecerme en el templo con la virtud de la humildad, y para no aspirar á otro fin que á la renovación interior del hombre por los carismas de la gracia.

¿Ni quién, por otra parte, osaría mostrarse soberbio en presencia de la muerte? Nosotros podríamos conservar sereno el ánimo ante la memoria del genio sin segundo que escribió ese libro inmortal (1); libro honrado y acogido por la re-

(1) La edición del *Quijote*, hecha por la Real Academia Española, colocada sobre el catafalco.

ligión misma, y ante el recuerdo de los hombres superiores de nuestra edad de oro de las letras, porque la distancia que de ellos nos aparta y las auréolas que los circundan son al alma consolación y lenitivo; pero mirad ¡ay! á vuestro lado y en derredor vuestro, y al contemplar los tristísimos y recientes huecos que la muerte hizo, vuestros ojos se arrasarán en lágrimas, como están arrasados los míos; que si vosotros lloráis la pérdida de vuestros compañeros de ayer, yo miro inconsolable cómo han desaparecido de ese sitio de honor los dos amigos que más me distinguieron, y cuya muerte constituye para mi propia vida un doble desamparo, el desamparo cruel del alimento del espíritu, y el desamparo, aún más acerbo, para la estimación de mi modesto nombre (1).

(1) El Ilmo. Sr. D. Antonio Arnao y el Excmo. Señor D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, fallecidos respectivamente el 4 de Febrero y el 4 de Septiembre de 1889. Con el primero consultaba el autor de la presente Oración fúnebre sus trabajos de Oratoria Sagrada, cuando éstos eran destinados á ver la luz pública; maravillándose siempre de la gran competencia literaria de aquel hombre laborioso, cuya clara razón y cuyo raro mérito sólo podían compararse á su natural modestia y á la afable dulzura de su trato. Al segundo, bien conocido dentro y fuera de España como coloso del saber y de la elocuencia, debimos favores de otra muy distinta índole, donde el afecto del que los otorgaba estuvo en justa relación con la gratitud inmensa del que los recibía, y con la secreta importancia de algunos de aquellos beneficios. Por eso

¡Oh, tiernos amigos del corazón! ¡Si la amarga muerte nos separa, aprenda yo á vivir y á morir con vuestro piadoso ejemplo, y nuestras almas se encontrarán de nuevo un día en las mansiones eternales!

Y hé aquí, Señores, otra lección harto elocuente para que acudamos bajo estas sagradas bóvedas con corazón humilde; la edificante vida y la preciosa muerte de los esclarecidos ingenios de nuestra España que os precedieron en los caminos de la sabiduría; hombres que desconocieron ó desdeñaron la propia gloria para difundir y para encomiar la ajena; hombres que no cantaron jamás las hermosuras de la naturaleza creada, sin invocar y bendecir á la Divinidad creadora; hombres que sólo batían las alas de su espíritu por los ámbitos de tres cielos, el cielo del hogar, el cielo de la patria y el Cielo de la Iglesia; hombres, en fin, que rindieron el último suspiro entre los versículos de un Salmo, ó entre la amorosa frase de un Cántico ó de una Antífona á la Virgen María, dejando comprender al mundo que aquella muer-

hay cierto misterio en alguna frase de este recuerdo tan espontáneo y sentido; frase que no significa en ningún modo—podemos afirmarlo bajo la fe del sacerdocio—ni presunción ni queja, sinó que es únicamente un gemido, un lamento del corazón al Cielo, y una bendición intima al amigo leal y desinteresado, al protector fuerte y generoso.

te dichosa era un sueño dormido en la misericordia del Señor.

Y puestos ya en este hermoso camino de la idea de una muerte cristiana, nuestro dolor se mitiga y nuestro espíritu se eleva en brazos de la esperanza, esa virtud bienhechora que con tanta razón ha pintado el arte religioso, fija la mirada en el Nombre del Dios Omnipotente, que está escrito en los cielos, y teniendo por pedestal un libro abierto, que es el Evangelio de Cristo. En esta encumbrada altura, logramos olvidar lo que es materia y polvo para fijarnos en lo que es espíritu, lo que pasa por lo que permanece: ya el tiempo busca lo eterno, las sombras buscan la luz, el corazón inquieto busca la visión suprema, y el alma, iluminada por la fe, que es «substancia de las cosas que se esperan,» (1) piensa preferentemente en que el sér que perdió vive, en que la oración por los muertos traspasa al punto el dintel de lo infinito, porque entre los que quedan y los que parten hay un puente tendido, una senda misteriosa que se llama la Comunión de los Santos.

Señores Académicos: gracias, gracias en nombre de la Religión por el espléndido testimonio que dais al mundo, de vuestra ardiente fe. Los delirios del error son todavía más funestos que los delirios del crimen, y, sin embargo, esta sociedad

(1) Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium.—Hebr., XI, 1.

positivista y descreída no se cuida de ellos: sirve, pues, de inefable consuelo á las almas rectas ver que vivís bajo el magisterio infalible de la Iglesia Católica, donde la verdad no se muda y la caridad es eterna, y que en las regiones de lo sobrenatural mantenéis con los ilustres finados que nos recuerda ese túmulo, el mismo dulce comercio que conserváis con ellos en las esferas del saber humano. Al consagrar hoy, por tanto, en sufragio de vuestros antecesores estos grandiosos cultos del Catolicismo, que tiene sus preces más sentidas, sus acentos más penetrantes, sus melodías más patéticas para orar por los difuntos; y al tejer una corona de alabanza al Príncipe de nuestra literatura y á los cultivadores más insignes de las letras patrias, porque sus libros y sus acciones contienen, como fundidos en una sola unidad real, la inspiración de lo alto, la bondad de la vida humana y la recreación del espíritu, hagamos entender, Señores, yo con la autoridad de mi ministerio, vosotros con vuestra piedad y vuestra fe, hagamos entender, digo, á los hombres de la ciencia incrédula esta enseñanza pura y saludable que palpita en el tema de mi discurso; esto es, «que únicamente los sabios que tienen á Dios en el »corazón son los custodios seguros de la Verdad, »los propagadores del Bien y los maestros de la »Belleza, tres rayos de indeficiente luz, cuyo foco »es Dios mismo.» *Cor sapientis erudiet os ejus, et labiis ejus addet gratiam.*

I.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Qué cosa es la verdad? La verdad es la relación exacta entre el entendimiento y el objeto, la realidad de las cosas, percibida y juzgada por el alma. Y luego, en su ascendente gradación de lo temporal á lo eterno, la verdad es la naturaleza bien comprendida, como creación, salida de la nada, de un Artífice Omnipotente; la verdad es la ciencia que marcha acompañada y esclarecida por los destellos de la Palabra Eterna; la verdad es la voz de Dios, trasmitida por agentes más poderosos que los rayos de la luz y que las vibraciones del éter; la verdad es el Nombre de Dios, bendecido y ensalzado por siglos infinitos; la verdad es la figura misma de Dios, que nuestra fe ve vagar entre los astros, en medio del espacio, en la cima de la montaña, en la campiña y el valle, en la fuente y en el mar, en el día y en la noche, en la tempestad y la calma.

La razón humana, Señores, tan elevada y tan noble, áun después de las heridas que le causó el pecado, puede adquirir por sí sola toda verdad que se refiera al orden puramente natural y científico; pero ¡ah! ella no tiene bastantes alas para investigar los secretos de los mundos superiores é invisibles. Al conjunto de esa verdad que hemos descrito, á los cielos de la verdad en su plenitud dichosa, sólo puede ascenderse con la fe, que dirige, pero no detiene; que regula, pero no oprime; que es «la vida del justo» (1), y la magnífica y celestial libertadora de los entendimientos cautivos. En el mundo físico un sol hay para lucir, una atmósfera para respirar; en las esferas de lo suprasensible la fe es el único sol de la razón, y la única atmósfera sana para la inteligencia.

Y no sólo es necesaria para la posesión completa de la verdad una razón que crea, sino que es indispensable asimismo un corazón que ame (2). «Amar es ver» (3), decía San Agustín; y por esto los sabios que reciben á Dios en su corazón, las almas que enseñan, como San Pablo á Jesucristo Crucificado, Virtud de Dios y Sabiduría de Dios, *Christum Dei Virtutem, et Dei Sapientiam* (4), logran subir á esas cumbres altísimas, vecinas de

(1) Rom., I, 17.
(2) Veritatem facientes in charitate. Eph., IV. 15.
(3) Amor oculus est, et amare videre est.
(4) I Cor., I, 24.

las intuiciones sobrehumanas y de la ciencia infusa de los Santos. Dios propende á reflejarse siempre en la razón del hombre, como que ella es en la tierra su criatura más querida y más privilegiada; pero el cristal en que Dios se digne de algún modo retratarse ha de ser limpio y tersísimo.

«No será adoctrinado el que no es sabio en el bien,» había dicho el Eclesiástico (1). «Con el co»razón se cree para la justicia, y con los labios se »hace la confesión para salud,» escribió el Apostol de las gentes (2). Para realizar mejor esta feliz armonía, así como la gracia llama con suavidad infinita á todos los corazones, la fe, segura de la adhesión de los entendimientos sencillos, se enamora por modo especialísimo de las grandes inteligencias (3), buscando solícitamente al sabio, al filósofo, al poeta, al artista, al explorador, áun á los famosos guerreros y conquistadores; y lo mismo la fe que la gracia, cuando se las rechaza ó desdeña, parecen gemir y llorar, Señores, como gimen y lloran los amantes castos que no han sido amados ni comprendidos.

De esos divorcios deplorables entre la razón y

(1) Eccli., XXI, 14.
(2) Rom., X, 10.
(3) Ut prius exemplum meditandi de ratione fidei, et sequens fides quærens intellectum diceretur. S. Anselm. procem. *In Prosol.*